

LA LLEGADA

Joe Haldeman



A finales de 2054, la astrónoma Aurora «Rory» Bell descubre un mensaje procedente del espacio exterior en el que se anuncia la llegada de una nave extraterrestre. Tras viajar a la velocidad casi lumínica, la nave ya ha empezado a decelerar para, según los cálculos realizados, llegar a la Tierra el día de Año Nuevo.

Ante el fenómeno de una imprevista llegada de extraterrestres poseedores de una tecnología inimaginable o, tal vez, como sugiere un político, del mítico Segundo Advenimiento de Jesucristo, las reacciones humanas son variadas e imprevisibles. En manos de un escritor de gran calidad como Joe Haldeman, el pequeño microcosmos de la ciudad estadounidense de Gainesville (Florida, EEUU) se convierte en un rico mosaico de personajes y de las ambiciones y temores que compendian la esencia de lo que nos hace humanos.

ESTE LIBRO es para dos hombres que viven separados por más de mil kilómetros y no han llegado a conocerse nunca: Ricky y Rusty. Ambos, casualmente, fueron marines en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial.

Ricky es Ottone Riccio, poeta y profeta y pícaro. Todo maestro necesita un maestro como él.

Rusty es James Hevelin, pero nadie lo llama James excepto el Gobierno. Es el amigo que todo hombre necesita y no muchos encuentran.

En algún mundo todos tienen un Ricky a su izquierda y un Rusty a su derecha, y es un mundo bueno.

EL AUTOR reconoce agradecido la influencia sobre este libro de la hermosa novela *The Listeners*, de James Gunn.

Presentación

Haldeman, no voy a ocultarlo, es uno de mis autores favoritos. Sus obras suelen interesarme por una u otra razón, pero debo decir que, desde el momento en que leí LA LLEGADA (2000), me pareció una de sus mejores perlas narrativas. Una obra corta y sugerente que aborda muchos temas casi sin exponerlos explícitamente, con esa sencillez y amabilidad que sólo los verdaderos maestros son capaces de alcanzar.

Inmediatamente quedé prendado de esta novela y decidí publicarla en *Nova* incluso antes que otra obra reciente e importante del mismo autor como es FOREVER FREE (1999) en donde, ¡por fin!, se continúan las andanzas de William Mandela que se hicieron famosas en la ya mítica LA GUERRA INTERMINABLE (1975). Ya habrá tiempo para ello en su momento.

La trama de LA LLEGADA es engañosamente sencilla: a finales de 2054, la astrónoma Aurora «Rory» Bell descubre un mensaje procedente del espacio exterior en el que se anuncia la llegada de una nave extraterrestre. Tras viajar a velocidad casi lumínica, ya ha empezado a decelerar para, según los cálculos realizados, llegar a la Tierra el día de Año Nuevo. Ante el fenómeno de una imprevista «llegada» de posibles extraterrestres poseedores de una tecnología inimaginable o, tal vez, como sugiere un político, del mítico Segundo Advenimiento de Jesucristo, las reacciones humanas son variadas e imprevisibles.

En manos de un escritor de gran calidad como Joe Haldeman, el pequeño microcosmos de la ciudad estadounidense de Gainesville (Florida, EE. UU.), lugar donde residen los Haldeman, se convierte en un rico mosaico de personajes y de las ambiciones y temores que compendian la esencia de lo que nos hace humanos.

Podríamos decir que nos encontramos ante una novela con protagonista colectivo en la cual, junto a interesantes esbozos del futuro cercano, domina la problemática tradicional de las sociedades humanas. Para muchos, como Gary K. Wolfe en *Locus*, LA LLEGADA «es esencialmente una novela de literatura general (*mainstream*) con una trama de ciencia ficción que pende sobre ella como una espada de Damocles». Son los personajes los que importan, aun sin olvidar que —y seguimos con Wolfe— «Haldeman ha sido siempre uno de esos autores cuyas ideas respecto al futuro son fascinantes por sí mismas, aunque se hallen sólo en el trasfondo, como aquí ocurre».

Haldeman, gran poeta y siempre interesado en experimentar desde el punto de vista formal, elige en LA LLEGADA un continuo cambio de punto de vista narrativo para contarnos una historia que parte de un concepto de ciencia ficción para llevar a cabo un análisis de las reacciones humanas ante lo desconocido. Ese cambio continuo del punto de vista narrativo es una técnica ya utilizada en la novela moderna, pero que muy pocas veces alcanza la facilidad y sencillez que logra Haldeman en LA LLEGADA, verdadero ejemplo de maestría narrativa.

Esta presentación va a ser breve, no deseo en absoluto privarlos por más tiempo de la satisfacción de leer una novela «redonda» como ésta pero, antes de finalizar, déjenme añadir sólo dos últimos comentarios. Uno de ellos se refiere a las diversas veces que los Haldeman, Gay y Joe, han visitado España y, también, Cataluña. Por eso no es de extrañar que una de las posibles hipótesis del futuro que se ci-

tan como de pasada en el libro (junto, por ejemplo, a los diques en las costas de Florida para defenderse del incremento del nivel de las aguas por el cambio climático) sea esa Cataluña independiente de España en una Europa futura amenazada por la guerra. Curioso.

El segundo comentario se refiere a la traducción del título. En inglés se utiliza *The Coming* que permite fácilmente el comentario del gobernador Tierny sobre *The Second Coming*, el anunciado Segundo Advenimiento de Jesucristo al final de los tiempos. En español, ese *coming* debe traducirse por «llegada» o «venida» y el traductor, Rafael Marín, ha optado, creo que acertadamente, por «venida» ya que, desde la óptica humana en que se desarrolla la novela, lo cierto es que alguien está viniendo y sólo al final de todo el proceso llegará... Pero un título como «La venida» resulta más bien cacofónico y he decidido elegir la otra opción, «La llegada», aun cuando se ha mantenido en el texto esa Venida por la que ha optado Marín. Ello obliga, en la traducción, a sustituir también el término «Segundo Advenimiento» por «Segunda Venida», en la confianza de que el lector pueda fácilmente asociar la una con la otra.

Y nada más, los dejo con esta pequeña obra maestra. A veces me he quejado de que no encuentro ya demasiadas novelas como aquellas que, en mi juventud, me hicieron disfrutar de lo lindo con el simple placer de la lectura. Obras como LA LLEGADA son la excepción que confirma la regla. Una verdadera gozada. Que ustedes la disfruten.

Miquel Barceló
noviembre 2001

PRIMERO DE OCTUBRE

Profesora Bell

Periodistas.

Normalmente su mesa no estaba más ordenada de lo necesario: un cómodo montón de notas, revistas, y libros. Mientras ella supiera dónde estaba todo, ¿a quién le importaba? Pero acababa de pasar quince minutos arreglando nerviosa las cosas, la mesa y todo lo demás. Todavía no eran las seis de la mañana.

Habría periodistas.

Miró la máquina de café de la antesala. El aroma era un imán. No, ahora no. Su corazón ya latía enloquecido. El médico había dicho dos tazas al día.

Pulsó un botón en la mesa.

—Anterior —dijo, y el diagrama de la pared fue sustituido por una página doble de ecuaciones y números—. Anterior —dijo de nuevo, y recibió una página doble de números y texto—. Izquierda.

La pantalla volvió a configurarse y le proporcionó una sola página ampliada de texto. La contempló y sacudió la cabeza.

Era un despacho viejo y anticuado, que databa de antes del cambio de siglo. Tenía una antigua pizarra que le gustaba utilizar, la única que quedaba en el edificio de física, y una pared entera, del suelo al techo, cubierta de estanterías para libros impresos en papel. Parte de ese espacio había sido convertido en una gran pantalla, pero ella seguía teniendo montones de volúmenes de papel encuadernados en cuero, tela, y cartón. Un jefe de departamento puede ser excéntrico.

—Música —dijo—. Vivaldi aleatorio, luego barroco aleatorio.

Un oboe entonó una melodía familiar.

—Más fuerte, diez por ciento.

Se sentó durante un minuto, escuchando, y luego se levantó y sacó un libro grande de la estantería, uno que había comprado el lunes siguiendo un impulso. Hojeó cuidadosamente las páginas amarillentas. Era un libro de fotografías periodísticas de la vieja revista *Life*, que documentaban una guerra en la que había combatido su tatarabuelo. Imágenes patrióticas granuladas y anuncios con precios ridículos. *Lucky Strike Green marcha a la guerra*. ¿Qué demonios significaba eso? *Lucky Strike* era evidentemente una marca de cigarrillos; tal vez el tabaco verde tenía entonces alguna aplicación armamentística.

Al oír el ascensor, cerró el libro y lo guardó. Su marido entró en la oficina exterior.

—¿Es bueno el café?

—Acabo de hacerlo, es mezcla.

Él se sirvió una taza. Tenía barba blanca de varios días, la ropa arrugada. Se levantaba casi tan temprano como ella, pero no se molestaba en afeitarse y vestirse hasta mediodía.

—No entendí del todo tu mensaje. —Se sentó en la silla reservada normalmente para los nerviosos estudiantes—. O no creo del todo lo que oí.

Ella siempre esperaba encontrarlo cuando llamaba a la casa. Norman era violoncelista y compositor, y se pasaba la primera hora del día ensayando, meditando sobre escalas e intervalos, e ignoraba el teléfono. Pero la casa le había dicho que parecía importante, y por eso recogió el mensaje. Había llamado inmediatamente, diciendo que iba para allá.

Contempló el despacho, ahora ordenado.

—¿Has invitado a alguien?

Ella se echó a reír.

—He estado ordenando las cosas. Espero una verificación de paralaje más largo.

—Paralaje, sí. Relájate. Siéntate, me pones nervioso. — Indicó la pantalla—. ¿Es eso?

Ella asintió. Era una ordenada fila de palabras: VAMOS DE CAMINO, repetida sesenta veces.

—Bueno... en sí mismo, eso no crea exactamente un...

—Norman. La señal llegó de un décimo de año-luz de distancia. En inglés.

—Oh. —Él sorbió su café—. ¿No tenemos a nadie tan lejos?

—Por supuesto que no.

—Criaturas del espacio exterior.

—Algo del espacio exterior. —El teléfono sonó y ella lo atendió—. Bell. —Se inclinó hacia delante, un codo sobre la mesa, contemplando sin ver la columna de palabras—. Cualquier momento es bueno. ¿Es el periodista científico? —Puso los ojos en blanco—. Por favor. ¿No podemos esperar a un periodista científico? —Resopló lentamente—. Entiendo. ¿Tiene la dirección? Eso es. Adiós.

Norman sonrió.

—¿Los reporteros científicos no están levantados a las seis?

—Van a enviar a su «hombre de noche». Probablemente estará acostumbrado a asesinatos y esas cosas.

—¿No podían esperar?

—No, ya está en las redes. Llamé a la Oficina Marsden en Washington en cuanto me aseguré de lo que era.

—Oh, ¿estás segura de lo que es?

—No, no. —Se levantó y volvió a sentarse—. Sólo de a qué distancia está, a qué velocidad va. ¿Sabes lo que es el corrimiento hacia el azul?

—¿Una prenda de vestir? —Ella le dirigió una mirada de exasperación—. Supongo que es como el corrimiento hacia el rojo, pero en azul.

—Eso es. Nos dice a qué velocidad viene algo hacia nosotros, en vez de alejarse. —Señaló la columna de palabras con un dedo—. Esto vino en un estallido de rayos gamma. Su fuente viene hacia nosotros casi a la velocidad de la luz.

—Parece peligroso.

—Está frenando. Si no fuera así, no podría decir nada sobre el corrimiento hacia el azul... quiero decir, podrían estar emitiendo en rayos gamma de alta energía.

Él frunció el ceño.

—No comprendo.

—Es complicado. —Ella descartó las complicaciones—. De todas formas, sé lo rápido que está frenando. A partir de eso... el asunto se reduce a que esta cosa cobró vida a la velocidad de la luz, exactamente a un décimo de año-luz de distancia, y está desacelerando a tal velocidad que llegará a la Tierra exactamente dentro de tres meses. El día de Año Nuevo.

—No es coincidencia.

—Por supuesto que no. Nos envían un mensaje raro. Esas palabras, combinadas con el corrimiento hacia el azul y la posición, dicen: «Sabemos mucho sobre vosotros y somos enormemente superiores tecnológicamente. Preparados o no, allá vamos».

Él se frotó la barba de su garganta.

—Jesús.

Los dos alzaron la cabeza cuando se oyó la puerta del ascensor.

—Aquí llega el hombre de la noche.

Daniel Jordan

A Dan no le gustaba la manera en que el viejo ascensor chirriaba y se estremecía. Se suponía que eran seguros, pero había cubierto un reportaje en Jax unos cuantos años antes, donde uno más nuevo que éste se desplomó veinte pisos. Cuellos rotos y cráneos fracturados y sólo una superviviente cuyos gritos apagados sonaban terribles mientras la patrulla de rescate se deslizaba por el hueco para abrir el techo. Empujó la puerta chirriante para acelerar y luego mantuvo la puerta abierta para que las cámaras pasaran tras él.

Comprobó su reloj. Las 6:17. Los polis del campus no empezarían a llegar hasta las siete. Tal vez la tarjeta de prensa en su parabrisas lo protegería. La emisora sólo pagaba dos tickets por semana, y ya los había gastado.

Doctora Bell, 436. Giró a la derecha y las cámaras lo siguieron. La pequeña se detenía cada par de metros para captar el ambiente: tabloneros de anuncios, una clase vacía, el cartel que decía: DEPARTAMENTO DE ASTRONOMÍA Y ASTROFÍSICA. La doctora Bell le estaba esperando junto a una puerta, una mujer pequeña y gruesa con el pelo corto y negro vetado de blanco; un rostro amable con una expresión difícil de leer. Dan se presentó y entraron en el despacho.

El hombre sentado junto a la mesa parecía el conserje, pero Dan tenía buena memoria para los rostros e hizo la conexión de los apellidos. Tendió la mano.

—Norman Bell, naturalmente. Asistí a su concierto en el parque la primavera pasada.

El hombre le estrechó la mano; parecía divertido.

—¿Se encarga usted de los reportajes musicales además de las anomalías astronómicas?

—No, señor. —Algo en aquel tipo le impulsaba a ser sincero—. La verdad es que tengo muy mal oído para la música. Fui con una chica.

Él se echó a reír.

—Debía de merecer la pena. —Se levantó—. Bien. No los molestaré.

—Quédate, por favor, Norman. —Ella miró a Dan—. ¿Le importa?

Dan se encogió de hombros.

—Mientras no permanezcan de pie o sentados juntos. Eso confunde los cerebros diminutos de las cámaras.

Las cámaras corrían tomando planos y contraplanos, panorámicas, intercalados, tomas de reacción. La mitad del material sería sobre un viejo de aspecto cansado con la ropa arrugada, temporalmente irrelevante.

—Creo que será mejor rodar con usted sentada ante su mesa, profesora. Yo me sentaré aquí. —Indicó la silla que Norman acababa de dejar vacante.

—Me apostaré junto a la máquina de café. ¿Quiere un poco?

—No, gracias. Acabo de salir del Burgerman.

—Por eso ha llegado tan rápido —dijo la doctora Bell—. Espero no haber interrumpido su desayuno.

—Oh, no —mintió él—, estaba pasando el rato con los polis municipales. Intercambio de chismorreos.

Miró la cámara grande y silbó, y luego habló despacio:

—Toma general. BG dos-setenta desde detrás del sujeto a mi izquierda.

La cámara se situó detrás de Bell y luego trazó un arco.

—Eso se montará luego en el estudio. Yo sólo formulo las preguntas aquí y luego ellos pueden pegar mi cara vista desde cualquier ángulo. Así que las cámaras no tienen que preocuparse por mí ahora.

La cámara completó su circuito y dijo «okey» con voz átona.

—Comience por el principio —dijo Dan.

—¿Cuánto sabe?

—Casi nada. Recibió usted una señal extraña del espacio exterior y el encargado de noche la consideró importante.

—Lo es. —Ella se echó hacia atrás—. Llegué al despacho poco después de las cuatro. La pantalla parpadeaba, reclamando atención.

—¿Puede recrear ese momento?

—Claro. —Bell pulsó un botón en su mesa—. Busca hoy, 0405.

La pantalla empezó a parpadear en rojo, diciendo: ANOMALÍA REGISTRADA GRB-1 0355 EST.

Dan silbó y señaló la pantalla. La cámara grande se acercó y pareció concentrarse.

—Daniel —dijo con una suave voz de mujer—, por favor ajusta mi sincronización de campo.

Dan sacudió la cabeza.

—Eso es automático en los modelos nuevos. —Se levantó, miró a través de la lente y jugueteó con un par de mandos hasta que la imagen de la pantalla se ajustó.

Regresó a su asiento y la pequeña cámara se aupó a la mesa de Bell y la miró. Ella la observó, cautelosa.

—¿Se supone que tengo que hablarle a la cámara?

—No, hábleme a mí. ¿Qué significa el mensaje?

—GRB-1 es un detector de estallidos de rayos gamma. El «uno» es puro optimismo; nunca conseguimos dinero para lanzar el segundo, que habría sido de apoyo.

»Pues bien, algunas fuentes producen estallidos de rayos gamma, en ocasiones durante horas, a veces durante minutos, normalmente durante unos segundos. Este satélite detecta y analiza la radiación. Tiene un pequeño telescopio, esencialmente una lente rápida de gran angular, que cubre todo el cielo cada dos segundos. Si detecta un estallido de rayos gamma, el telescopio mayor puede captarlo en cuestión de un segundo.

—¿Tiene alguna aplicación práctica?

—Nunca se sabe, pero lo dudo. Excepto que sí el Sol alguna vez hiciera eso freiría a todo el mundo en la zona diurna del planeta. No vendría mal contar con unas cuantas horas de margen.

—¿Tiene una imagen del satélite?

—Claro. —Pulsó el botón—. Busca GRB-1, concepción del artista.

Apareció un dramático holo del satélite, recortado contra el sol que asomaba escarlata tras la curvatura de la Tierra. Dan lo señaló y la cámara grande, que estaba concentrada en Bell, se volvió y grabó una toma de la pantalla de pared.

—Es una imagen bonita, pero falseada —dijo ella—. GRB-1 está en órbita geosincrónica; la Tierra es sólo una pelota grande que se interpone.

—¿Y qué es esa anomalía? Quiero decir, ¿qué demonios significa?

—Significa algo inesperado, un misterio. En este caso, registramos el estallido de rayos gamma, pero cuando el ordenador intentó averiguar cuál era la fuente, no había ningún objeto en las grabaciones previas. Me refiero hasta una magnitud de veinte-cincuenta, que es casi lo más débil que se puede encontrar.

»Esa fue la primera anomalía, que resultó interesante. La segunda fue sorprendente. Cada vez que captamos un estallido que dura más de unos pocos segundos, enviamos una petición al observatorio japonés de rayos gamma de la Luna, para que confirmen los datos. Su detector es más potente. Encontró el estallido, pero dijo que nuestra posición estaba ligeramente desviada. Lo comprobamos y no, nuestra posición era correcta. Era un paralaje.

Ella se adelantó a la pregunta.

—Estire un dedo ante su brazo y mírelo con el ojo derecho, luego con el izquierdo. —Lo demostró, parpadeando—. El dedo parece cambiar de posición con respecto a las cosas más lejanas. Eso es paralaje.

»Las estrellas, y no digamos las galaxias, están demasiado lejanas para que haya un paralaje medible entre la Luna y GRB-1, el ojo derecho y el izquierdo. Esta cosa estaba sólo a un décimo de año luz de distancia. No es una estrella.